

¿Votar o no votar?

por Jogin Abreu, profesora de Comportamiento Electoral, ITAM y columnista, periódico Reforma

Analizar la participación electoral es cada vez más importante ya que votar representa el derecho elemental de cada ciudadano a participar en política y, al mismo tiempo, abriga los dos principios básicos de la Democracia: universalidad e igualdad.

Sin embargo, votar no es la única y ni la más efectiva forma de participar en política. Aunque votar es una forma de participación que demanda un mínimo de esfuerzo y no envuelve conflicto alguno, tiene la desventaja de no impactar significativamente en el contenido de las políticas y no generar beneficios tangibles e inmediatos para el elector (Crewe 1981, Dalton 1996).

Entonces, si votar es un acto que comprende costos y beneficios insignificantes, ¿por qué ciertas personas votan y otras no?

Estudios comparativos han encontrado lo que Ivor Crewe llama macroexplicaciones y microexplicaciones de las variaciones en participación electoral. Las macroexplicaciones se enfocan en las características del ambiente electoral, y las microexplicaciones se concentran en los atributos de los electores individuales (Crewe 1981).

MACROEXPLICACIONES

Entre las macroexplicaciones pueden distinguirse las facilidades legales para votar. Un estudio comparativo de Bingham Powell sobre participación electoral en treinta democracias demuestra que en los países en donde votar es obligatorio la participación es mayor que en los países donde no lo es (Powell 1980).

También existen incentivos administrativos para que la gente salga a votar. En algunos países, como Italia, se han tomado cuidados extremos para que les convenga votar a los ciudadanos: las casillas de votación se abren por dos días, el día de la elección es festivo y se hacen concesiones significativas en las tarifas de los boletos de tren para aquellos que tengan que trasladarse a sus distritos electorales para poder votar. Esta es parte de la explicación de los altos niveles de participación electoral de Italia (93 por ciento). En otros países se puede votar de forma adelantada por correo y/o se colocan casillas especiales de votación en hospitales, casas de asilo y embajadas.

Sin embargo, existe un factor que contrarresta los incentivos ya mencionados: las leyes de registro. Como menciona Powell, si los ciudadanos se tienen que registrar para poder votar, el voto se convierte en un acto más costoso, ya que tienen que hacer el doble esfuerzo de ir a registrarse y posteriormente ir a votar. Registrarse toma tiempo por lo que se esperaría mayor participación en los países con registro automático. De hecho, se ha estimado que la participación en Estados Unidos sería 10 por ciento más alta si el registro fuera automático (Dalton 1996).

En México, de acuerdo con la encuesta nacional del periódico *Reforma* del mes de febrero del 2000, 70 por ciento de los mexicanos afirma que sí va a acudir a votar el día de la elección para Presidente de la República. Sin embargo, el 12 por ciento no tiene credencial para votar, por lo cual no podrá hacerlo. Esto muestra que la participación electoral está sobrerrepresentada en la encuesta. Hay quienes, aunque no puedan votar, no se atreven a decir que no lo harán. Tomando en cuenta esto, en las próximas elecciones del 2 de julio del 2000 se esperaría una participación menor, aproximadamente del 60 por ciento.

MICROEXPLICACIONES

Desde el análisis del comportamiento electoral, las diferencias en participación dependen de las capacidades y los recursos con los que cuentan los votantes. La perspectiva del comportamiento electoral no sólo pretende responder a la pregunta: ¿Por qué algunas personas votan y otras no?, sino también ¿por qué algunos individuos votan por un partido y no por otro?

Esta disciplina tiene orígenes multidisciplinarios (antropología, sociología, psicología social y ciencia política) que derivó en el desarrollo de las tres teorías más importantes del comportamiento electoral: la sociológica, la psicológica y la racional.

La **sociología política** analiza las bases grupales del voto: clase social, religión y edad, entre otras variables. En sus orígenes, esta teoría asumía que una persona piensa políticamente tal y como es socialmente. Actualmente considera que las características sociales son importantes, no porque se trasladan directa y determinísticamente a un grupo de preferencias e intereses, sino porque colocan a los individuos en un contexto social que afecta su exposición a la información política y restringe las interacciones sociales de los individuos (Carminess & Huckfeldt 1996).

Bajo esta perspectiva, existen ciertas características sociales de los individuos que están fuertemente correlacionadas con niveles altos de participación electoral. Algunas de estas

características son: altos niveles de ingreso y educación, género masculino y edad madura. La explicación social de la participación electoral puede resumirse en dos vertientes. Una es el estatus social: las personas con estatus social alto tienen el tiempo, la información, el conocimiento y el dinero para involucrarse en política (Dalton 1996).

La otra explicación es la del ciclo de vida: la gente joven está menos interesada en la política, pero cuando se establecen y toman algunas responsabilidades sociales su motivación por la participación política generalmente aumenta. Sin embargo, para Denver no es la edad en sí lo que explica la participación sino las condiciones ambientales de los jóvenes: generalmente son solteros, habitan viviendas rentadas y no cuentan con un lugar de residencia estable. Todo ello los aísla de la presión social que hace del voto una norma (Denver 1994).

En México es claro que los jóvenes son quienes menos intenciones tienen de acudir a votar en las próximas elecciones. Según la encuesta de *Reforma*, el 76 por ciento de los mexicanos mayores de 51 años piensan votar, mientras que el 49 por ciento de los jóvenes menores de 20 años dicen que lo harán. La baja participación juvenil perjudica principalmente a Vicente Fox, ya que es entre los jóvenes donde el candidato de la Alianza por el Cambio cuenta con el mayor apoyo (ver Cuadro 1).

Para la **escuela psicológica**, el comportamiento político de los individuos se explica por el sentimiento de adhesión a un partido político que desarrollan los votantes. La identificación partidista es un proceso de socialización que frecuentemente se origina dentro de la familia y posteriormente, en la vida adulta, ayuda a juzgar no sólo si es útil votar sino también por cuál partido hacerlo. La afinidad partidista juega el papel de estructura normativa que define lo bueno, lo malo, lo aceptable e inaceptable del mundo político (Carminess & Huckfeldt 1996).

Generalmente, aquellos ciudadanos que han creado lazos fuertes con algún partido político tienden a participar más que aquellos que no sienten afinidad partidista alguna. En la encuesta electoral de *Reforma* puede observarse que la intención de salir a votar es mayor entre los mexicanos fuertemente identificados con alguno de los tres partidos más importantes, que entre aquellos con identificación moderada (con excepción de los perredistas, ya que no hay diferencia en participación entre los "Muy Perredistas" y los "Algo Perredistas") y, sobre todo, que la intención de votar de los ciudadanos independientes (ver Cuadro 2).

La **perspectiva racional**, por su parte, le da un peso significativo a la racionalidad y al egoísmo de las personas para entender su participación electoral. Para la teoría racional los ciudadanos evalúan tanto los costos como los beneficios de votar, así como la probabilidad de afectar los resultados de la elección. Los costos de la votación son registrarse e ir a la casilla a votar. Los beneficios tienen que ver con la comparación de las utilidades que el ciudadano espera recibir por parte de cada uno de los partidos contendientes una vez en el poder. La probabilidad de afectar los resultados depende de qué tan cerrada piensa el elector será la elección y cuántos otros ciudadanos espera que voten.

Para tomar su decisión entre votar y no, el elector considerará si los beneficios que recibirá del partido que ha escogido son mayores que los costos en que incurrirá. Pero como la probabilidad de que el individuo afecte los resultados electorales es muy pequeña, ningún individuo racional-egoísta votaría. Entonces, votar o no es racional o no es egoísta (Muller 1989).

Para Anthony Downs, el acto de votar es racional pero no egoísta. En su modelo el ciudadano recibe beneficios del acto de votar en sí: el beneficio de vivir en democracia. Por lo tanto, es irrelevante que ese voto tenga un efecto insignificante; uno irá a votar si las ganancias de mantener a un sistema democrático sano son más importantes que el costo de votar (Downs 1957).

La valoración de la democracia también es un indicador que hace la diferencia en la participación electoral de los mexicanos. El 72 por ciento de los ciudadanos que considera que la democracia es preferible a cualquier forma de gobierno piensan salir a votar el próximo 2 de julio; mientras que el 65 por ciento de aquellos que consideran que a veces un gobierno autoritario es mejor a uno democrático y el 63 por ciento de quienes son indiferentes entre la democracia y el autoritarismo, piensan votar.

Las tres teorías tradicionales del comportamiento electoral convergen en la definición de un modelo de ciudadano más realista: un ciudadano que actúa con decisión de acuerdo a sus propias metas, necesidades y valores, pero sin estar completamente informado, ni ser completamente independientes de su entorno. Es un consumidor consciente: reconoce los costos y beneficios de votar, y también es un procesador de información eficiente: busca atajos, como su afinidad partidista, para disminuir los costos de recolectar y procesar la información política.

REFERENCIAS

Carmines, Edward and Robert Huckfeldt (1996), "Political Behaviour: An Overview" in Robert Godin and Hans-Dieter Klingemann, *A New Handbook of Political Science*. Oxford: Oxford University Press.

Crew, Ivor (1981), "Electoral Participation" in David Butler, Howard R Penniman and Austin Ranney (Eds.), *Democracy at the Polls: A Comparative Study of Competitive National Elections*. Washington, D.C.: American Enterprise Institute.

Dalton, Russell (1996), *Citizen Politics: Public Opinion and Political Parties in Advanced Western Democracies*. London: Chatham House.

Denver, David (1994), *Elections and Voting Behaviour in Britain*. London: Philip Allen, (2nd Edition).

Downs, Anthony (1957), *An Economic Theory of Democracy*. Harper Collins Publishers.

Muller, Dennis (1989), *Public Choice II*. Cambridge University Press.

Powell, Bingham Jr. (1980), "Voting Turnout in Thirty Democracies: Partisan, Legal, And Socio-Economic Influences" in Richard Rose, *Electoral Participation A Comparative Analysis*. SAGE Publications.